



ESTHER VEINTIMILLA, *Lluvia ilesa*, Tigres de Papel, Madrid, 2022, 63 pp., ISBN: 978-84-124404-9-2.

*Lluvia ilesa* es el primer poemario de Esther Veintimilla, ganadora en su primera edición –2022– del I Premio Internacional de Poesía Genialogías, convocado por la asociación Genialogías y que está destinado a mujeres poetas que no hayan publicado aún su primer libro. Esto no es una cuestión menor, naturalmente el nombre de la asociación juega con la idea de la *genealogía* y, de este modo la autora dedica el poemario a su madre y a su hija. El conjunto del libro, de hecho, recorre la idea de la generación, de la memoria y de la proyección hacia el futuro. Pero ¿cómo hacerlo a través de la comunicación de lo íntimo y la escritura poética? Ese es el gran reto a la hora de concebir una obra que pretende indagar estas cuestiones, un libro, *Lluvia ilesa*, que en realidad son dos, el primero “Caligrafía del vuelo” y el segundo, “Esta luz infinita”. De esta manera, ambos funcionan como un díptico cuyas imágenes habitan un espacio común en la imaginación poética.

En el segundo poema de la obra concibe la comunicación y el lenguaje como un elemento transversal a la vida. Desde el “primer balbuceo”, escribe Veintimilla, hasta la muerte y la desaparición, la posibilidad de la comunicación es lo que condiciona la existencia humana, la capacidad de traducir lo que acontece en esa “patria diminuta” que es cada persona. Para la poeta la comunicación es la vida, una idea que bien podría extraerse del poema, que en cierto modo funciona como una poética personal. La escritura funciona, entonces, como la forma de acortar la distancia que nos separa de los otros, de hacernos entender, como un “éxodo sin retorno”. Pero la escritura también es falible y limitada, en otro de los poemas, escribe “Y serás sólo palabra. / Ausencia en los zapatos. / La torpe invocación / de un dios que nos engaña”. Desde esta perspectiva, la comunicación como una “torpe invocación” se vuelve precaria para dar con la vida. Sin embargo, es precisamente en los intersticios, en las grietas, donde puede darse el fenómeno poético.

Desde esta fragilidad la poeta plantea un itinerario en el que su propia vida es el nexo de unión entre generaciones. Así lo muestra cuando escribe “tiemblan los hilos / donde pendía / la infancia [...] Frágil espera del vuelo”. La infancia –como refugio y como identidad– se muestra como una memoria diluida. De este modo, en la primera parte del libro encontramos una continuación de poemas que reproducen imágenes de la madre, de la escuela y de la vida cotidiana. Sensaciones, destellos e incluso aromas asociados a la infancia y el paso del tiempo en los que se trata de retener lo que va desapareciendo de nosotros. “Mi madre me arrullaba / en el aire, / todavía me acuna / en este viento”, escribe, encontrando en la infancia la semilla del asombro y la vida

y, a su vez, del olvido y la desaparición: “y el extravío de la niñez / en unos ojos sepultados / en el derrumbe”. Es en este punto de “Caligrafía del vuelo” donde la madre se convierte en la depositaria de la infancia como un tiempo immaculado:

En sus manos  
toda la claridad inmóvil,  
animal doméstico  
que acerca su lomo herido.

[...]

Todo fue en vano,  
madre.  
No hay sutura  
que repare la extinción.

El interés por recobrar la infancia y la memoria en esta primera parte del poemario se reafirma como un trayecto “inverso al tallo”, buscando en la semilla lo primigenio. Pero en esta búsqueda de un lugar hallamos una memoria diluida en la que no terminamos de encontrarnos; “una prenda de difunto / que oculta la desaparición” escribe la poeta como metáfora de los sedimentos que van quedando en nosotros. A ese “lugar intacto / intacto de lluvias, / de tiempo, / de muerte [...] allí / no podemos regresar”. ¿Pero si la “extinción” es inminente, si “todo fue en vano” y no hay “suturas” que reparen la pérdida, si ante nuestras preguntas la respuesta es “la soledad dormida de los muertos”, es decir, la no respuesta? ¿Por qué la escritura? El hecho mismo de constatar la desaparición a través de la escritura se convierte, para la autora, en una forma de redimirse ante ella o por lo menos, su intento. La forma de restituir esa “herida congénita” con la que todos los seres humanos nacemos y que significa tomar consciencia de nuestra propia existencia. Por tanto, lo que es cierto, es que de la vida no saldremos ilesas, sabe la poeta, por eso la necesidad de ese esfuerzo diario por restaurarse. “Eso es todo” para ella, planteando que restaurarse empieza por encontrar una “coartada” para existir, aunque funcione más como una “mera máscara arrepentida”.

Sin embargo, esto no basta, y por eso se podría plantear que, en realidad, la respuesta a “Caligrafía del vuelo” se encontraría en la segunda parte del poemario, “Esta luz infinita” de modo que toda la obra se configura como un díptico, que no funciona como caras opuestas de la misma moneda, sino como complementación necesaria. Si “Caligrafía del vuelo” es la constatación de la pérdida y la fugacidad en los entresijos de la memoria y la vida, “Esta luz infinita” redime este escenario. Sin negarla, celebra la perplejidad, la posibilidad ante lo que desaparece. Escribe la autora, “mi voz / no alcanza la mañana / desovilla / la penumbra / y los nudos / del silencio”. Aquí, la comunicación no es negación, sino el camino para dar luz a las cosas. Y aunque “no voy a salvarme”, nos dice, la palabra –la poesía– representa una herramienta para comunicar el misterio, paradójicamente, lo incomunicable; “palabras que llevarse / a la boca / como un pan litúrgico”.

A partir de este punto la poesía cobra cierta mística y a través de ella la luz se convierte en una imagen transversal como elemento que da coherencia a todo este mundo que se consume; “el dolor busca acunarse en la infancia / acurrucarse en un vientre / que no conoce el desgarró [...] hasta / que / la luz / se pronuncie. La conciliación con la vida significa entender que la muerte forma parte de esta y viceversa; “venera la extinción en la hoja”. La luz, de este modo, es memoria y olvido, presencia y desaparición, una “luz indecisa” en la que “día y noche / se tocan. / Son lo

mismo”. De esta manera, resalta los elementos contrarios como ejes constitutivos de la experiencia humana; ruina y edificación, incendio y cenizas:

Contemplo la ruina  
desde el amor.

La misma ruina  
que desvela  
la vulnerable desnudez  
del derrumbe.

El mismo amor  
que se desprende  
del bello cadáver del día  
y atesora las cenizas  
de su último incendio.

Conciliarse con esto es una liberación y un aprendizaje; a pesar de la destrucción y “este goteo de pérdidas [...] la certeza del brote”. Paradójicamente, la luz ilumina lo *iniluminable*, “como quien mirara / el rostro olvidado / de un difunto”. Pero la verdadera resolución del libro la encontramos en los dos últimos poemas. Ambos representan, por un lado, la perplejidad ante el camino recorrido en el que la poeta ya no invierte su camino hasta la semilla y la infancia, sino que conmemora “su insólito ascenso / hacia la floración”, con una vida renovada en la que “empuño / el breve contorno / de esta luz infinita”. Por otro, revelan la potencia de esa luz infinita, que no nos pertenece, “no habrá jaula / que la retenga”, escribe finalmente, reparando en que la luz es el misterio y la perplejidad, la contingencia y lo posible que existen en la vida y en la muerte, el canto del ave que no regresa.

***Iván Civera Martínez***